

—Sí, señor, se lo aseguro.

—¿Por la salvación de su alma?

—Por la salvación de mi alma.

—Dios se lo ha de pagar... Con permiso de usted, vuelvo con mi pobre Rafael, que me espera.

Y acompañado por el principal hasta la puerta del establecimiento, salió de allí el buen anciano más pobre que nunca, y ya sin esperanzas; pero satisfecho por haber salvado de la deshonra su nombre y el de su hijo.

El principal al despedirle, ordenó en voz alta á los dependientes:

—¡Vamos! ¡A entornar las puertas y á colgar de crespón la fachada del almacén! La casa ha sufrido una gran pérdida con la muerte de su cajero.



## EGOISMO TRAGICO

A RAFAEL DELGADO.





I

EL BAZAR

A la salida del teatro, mi viejo amigo Eustaquio Alcázar y yo nos dirigimos al restaurant del Bazar para tomar algún refrigerio.

Eustaquio, que vive todavía—y por muchos años si á Dios le place,—es lo que se llama un hombre del pasado, así por sus ideas como por sus gustos, que no han podido amoldarse á las nuevas circunstancias de la época. Floreció él, poco más ó menos, en el período de restauración que siguió á la caída del segundo imperio. Entonces fué cuando su juven-



tud llegó á pleno desarrollo, cuando triunfó en la calle de Plateros por el lujo de sus trajes, y cuando hizo sus mejores conquistas amorosas. Algo literato, algo artista y dotado de un poco de imaginación y de otro poco de sensibilidad, que nunca tuvo aplicación seria y continuada á cosa alguna—obra literaria ó artística,—había pasado la vida rondando en torno de cuantos se consagraban de verdad á las letras ó á las artes, contentándose con el placer de codearse con los iniciados, aun cuando fuese en calidad de comparsa. Había conocido y tratado á Peredito, á Altamirano y á Prieto, y contaba una multitud de episodios de las vidas de Acuña y Flores. Tengo para mí que muchos de ellos han de haber sido parto de su magín, pues á creer sus narraciones, la existencia de esos poetas habría sido un tejido continuado de sucesos románticos y novelescos; siendo así que la vida de los poetas, vista de cerca, suele ser igual á la de los otros mortales. De ellos puede decirse lo que tan finamente observa Pascal respecto de los filósofos: “de ordinario no podemos imaginarnos á Platón y á Aristóteles, sino envueltos en amplios ropajes y siempre graves y serios. ¡Eran buenas gentes que reían con sus amigos!” ¡A la buena de Dios! Así se necesita para que los nervios pierdan

su rigidez sibilina y se refresque la máquina puesta á las veces á una tensión demasiado alta.

Complaciame por todo extremo la conversación de mi amigo, porque era instructiva y llena de interés. A su conjuro aparecían ante mi vista con los colores de la verdad, épocas y personajes ya desaparecidos, y desconocidos episodios y anécdotas de hombres notables. Ora me refería la entrada de Juárez en México designando las calles por donde pasó hasta llegar al palacio de gobierno; ora me relataba menudamente los festejos organizados con ese motivo, sin omitir la descripción de la estatua colosal de yeso que representaba la Libertad y la Victoria la República, y que fué erigida en la Plaza de la Constitución. El vió á don Juan José Baz de melena larga y á caballo, al entrar en la capital, y al General Riva Palacio á caballo también, vestido de militar, con pantalón blanco, bota fuerte, chaquetín azul y kepis bordado de oro.

En tocándole la cuerda literaria, era incansable su verba. ¡Qué recuerdos del “Renacimiento” de 1868! ¡Cuántas anécdotas de sus redactores! ¡Cómo se atropellaban en su recuerdo Altamirano y Acuña, los dos Sierras y Franz Cosmes! Aquello había sido literatura, no la que hoy se estila. En ese tiempo Justo Sierra



llevaba cabellera romántica, escribía las "Memorias de un pianista" y componía odas de metáforas desmesuradas, á la Víctor Hugo; Altamirano adquiría la reputación de maestro, en medio de una pléyade de jóvenes entusiastas que le amaban y aplaudían; Santiago Sierra pasaba por su erudicción á la Pico de la Mirándola; Franz Cosmes hacía hermosos versos amatorios ó filosóficos, que aun no se olvidan; y Acuña se revelaba poeta de primer orden en medio de una existencia febril de estudio, amores volcánicos y cantos admirables.

Hablando de estas cosas, animábase Eustaquio de un modo increíble. Chispeábanle los ojos, temblábale la voz y daba muestras de una emoción muy honda y muy sincera. En realidad, aunque vivo todavía, adivinábase que se sentía dislocado de su sitio en la edad actual, y que su existencia se alimentaba de recuerdos. Apenas fijaba la atención en los sucesos contemporáneos, por distracción y por desdén. Aun en su traje lo demostraba. Hombre acomodado y que vivía de sus rentas, andaba vestido á la moda arcaica, como si hubiese improvisado su traje en la casa de un preñero de viejo. Y lucía amplios pantalones recogidos en angostas entradas y formando pliegues sobre el calzado; botines de alto tacón que

terminaban en plancha redonda y adelgazada; levita acinturada de faldas minúsculas; y sombrero de seda de altísimo tubo, echado hacia la oreja derecha. Una bomba de pelo saliente y esponjada sobre la oreja izquierda, parecía destinada á formar equilibrio y simetría con la chistera. Tal era, según los confusos recuerdos de mi adolescencia, la moda de nuestros pisaverdes más conspicuos á la caída de Maximiliano.

Por lo demás, Eustaquio carecía de pretensiones; era un buen hombre en el fondo. Había venido á este mundo á ser satélite, y no había hecho más durante su vida, que girar en torno de escritores y periodistas, sin producir nada, pero formándoles corte, acompañándolos por calles, teatros y paseos, quitándoles el tiempo, haciéndolos rabiarse en las redacciones, y fundando todo su orgullo y toda su satisfacción en frecuentar su trato, tutearlos y dárselas de íntimo de ellos.

La época en que gozó de más considerable favor cerca de esa "hélite" prestigiosa, fué por los años de 68 á 77, como si la caída de don Sebastián—no el de Portugal, se entiende—hubiera traído su propia caída. El carácter científico de los escritores modernos y el decadentismo de los poetas jóvenes, le entristecían sobremanera, siendo evidente para él que las



nuevas generaciones retrogradaban y caminaban á una ruina completa.

Al llegar Eustaquio y yo á la fonda, nos instalamos en un gabinete, para estar á nuestras anchas y conversar á nuestro sabor de cosas viejas é idas. La humeante sopera colocada por el criado en medio de la mesa y la botella de burdeos acabada de destapar, que perfumaba el estrecho recinto con su fino "bouquet," como si fuese un ramillete de flores, avivaron al par nuestro apetito gastronómico y el narrativo. Hice un débil esfuerzo para referir un episodio de mi vida en que, por caso raro, figuraba un ministro; pero mi amigo no quiso prestarme atención: monopolizó la palabra, y dió rienda suelta á su repertorio histórico, refiriéndome una multitud de anécdotas divertidas. Por el momento, vibraba su fibra amorosa. Tratábase de una "prima donna" italiana que fué muy aplaudida en el Nacional en 1874; aquella "diva" le prefirió á los "dandís" más famosos de entonces, le amó ardientemente y hasta pretendió ser su esposa. Para lograrlo, se hizo devota y caritativa por una temporada. Trabajo le costó al buen Alcázar defender sus garantías individuales contra tan recia acometida. ¡Casarse con una artista! ¡El, que no se casó con Angela, ni con Dolores, ni con Nicolasa, ni con Josefa, ni con ninguna de tantas otras bel-

dades, lustre y prez de la aristocracia de México! ¡El, que siempre se había propuesto conservar su libertad á toda costa, por ser el mayor beneficio que puede disfrutarse en este mundo!

Hallábase á esta altura en su improvisación, cuando oímos grande algazara en el ambulatorio; pasos que se acercaban, fru-fru de un traje de seda y alegres voces y risas de timbre femenino. Fijamos los ojos en la mal cerrada puerta, y vimos pasar una pareja regocijada: un joven elegante, de naciente bozo y mirada cínica, y una joven lujosamente vestida, de mejillas arreboladas, labios enrojados por el bermellón y ojos orlados de líneas oscuras, que servían como de montadura á unas pupilas grandes, negras y brillantes.

Verla Eustaquio y callar, todo fué uno. No bien hubo pasado la pareja, levantóse con ansia febril, y cerró cuidadosamente la puerta.

Sorprendido ante su inexplicable conducta, volví á él los ojos. Tenía el rostro pálido y trastornado.

—¿Qué significa eso, Eustaquio?, le pregunté. ¿Es esa por ventura la "prima donna" de 1874? Confieso que está bien conservada.

—¡Chitón! repuso alarmado; no hables alto, por caridad.



—Explícame el motivo. En verdad nada entiendo.

—Luego te lo diré; pero calla, por Dios. Y extendió la mano en actitud imperativa, que me redujo al silencio.

Así pudimos oír que la ruidosa pareja siguió avanzando por la galería, y que al fin se detuvo no muy lejos de nosotros, y se instaló en otro gabinete reservado. Hubo ruido de sillas, pasos precipitados de mozos, y órdenes dadas sobre consumos. Todo lo observamos cuidadosamente. Cuando por el rumor de los muebles removidos, se persuadió Eustaquio de que los recién llegados se habían sentado á la mesa, volvió á mí el rostro desenchajado, y me dijo con voz medrosa:

—¿Es Leonor!

—Pero, ¿quién es Leonor? le interrogué perplejo.

—Leonor Rivera. ¿No la conoces?

—Nunca he oído su nombre.

—Es hija del pobre Jaime Rivera, redactor que fué del "Clamor Nacional."

De pronto no comprendí nada; pero el nombre de aquel diario algo decía á mi memoria. No me era desconocido el título. ¿Cuándo le había oído? Poco á poco, del nimbo de las cosas olvidadas fué destacándose un recuerdo.

—¿El que murió en el duelo con el doctor Zermeño?

—Sí, articuló Eustaquio consternado; el 24 de diciembre de 1875, á las seis y cuarto de la mañana.

—Pero, ¿qué tiene que ver ese hecho con la perturbación que manifiestas?

—Ahora lo verás; voy á explicártelo. La mejor manera de contestar tu pregunta, es referirte los antecedentes y pormenores de ese duelo.

Eustaquio tomó de prisa algunas cucharadas de sopa, como para adquirir fuerzas que le sostuviesen durante el relato; apuró un vaso de burdeos como para recobrar el ánimo, y dió principio á su narración.

## II

### EL CUARTO PODER

Debo explicarte, ante todo, díjome, que por una circunstancia que luego te diré, soy poseedor de las notas escritas por Jaime Rivera sobre este asunto, hasta momentos antes de salir para el terreno del honor. Por eso conozco perfectamente todos los hechos, aun los más recónditos que con el suceso se relacionan. Varios de ellos pasaron á mi vista; en algunos